

LA MONJA SIN CABEZA Y LOS LADRONES DESPAVORIDOS

Ocurrieron hechos curiosos, como los que se mencionan a continuación...

El primer local de la universidad funcionó en lo que había sido el colegio Belén de mujeres ubicado en la última cuadra del Jr. De la Unión. Al costado del patio principal en donde estaban las aulas, separado por un gran salón, había un hermoso jardín que había pertenecido al convento de las monjas de clausura, se diferenciaba por su belleza de la austeridad del patio de las aulas en donde se dictaban las clases. Al iniciarse las actividades se accedió al ambiente del jardín, en donde se ubicaron oficinas para algunas autoridades.

Comentaban que a partir de la medianoche por ese jardín se paseaba la monja sin cabeza, de día no era tenebroso era un ambiente lleno de flores, lo de la monja era un decir que nadie había comprobado, o, por lo menos, nadie había intentado comprobar quedándose en el lugar después de las cero horas. El vigilante nocturno en lo posible evitaba el jardín.

Una noche en que estábamos trabajando en el equipo de implementación, me encontraba en mi turno de descanso, la sala de trabajo

colindaba con el jardín, sería aproximadamente la una de la madrugada cuando el jefe me llamó para indicarme que fuera a su oficina a traer un documento, para cumplir con la orden debía salir al jardín y subir unas escaleras empinadas, lo había hecho muchas veces de día.

Aquí interviene otra persona muy querida en el recuerdo, quien también estaba de descanso, me acerque para decirle:

“Doctor, me podría acompañar para cumplir el encargo”.

Con una sonrisa, comentó “Lo haré con gusto, no me va a decir que tiene miedo de encontrarse con la monja sin cabeza”.

“Algo de temor por lo oscuro de la noche, además hay que llegar hasta la esquina para encender la luz”, respondí.

“Como es posible que una persona mayor tenga miedo a la oscuridad. No sabe que los fantasmas son cuentos, los espíritus no se presentan y menos una monja sin cabeza”.

No dije nada, mientras me acompañaba me fue dando una detallada lección sobre que el miedo no existe, que está en la mente de cada uno, que era propio de creencias supersticiosas, que uno se auto creaba el temor y demás detalles, como si estuviera dictando su clase de psicología. Como necesitaba su compañía escuché calladamente su explicación sobre que el miedo no existe. Al regresar, dejé la luz encendida, el doctor dijo.

“¿Por qué no apaga la luz?”

“Mejor la dejes encendida por si hay que regresar”.

“Si eso sucede, se vuelve a encender”, respondió. Apague la luz quedando el jardín oscuro.

Al regresar a la sala le dije:

“Doctor, gracias por acompañarme”.

“No debí hacerlo, me permitió demostrarle que el miedo es subjetivo; en la oscuridad hay que tener cuidado de no tropezar y no encontrarse con fantasías”.

Seguimos trabajando, a las tres de la mañana durante nuestro siguiente descanso, el jefe preguntó ¿quién está desocupado?, por supuesto que inmediatamente me puse en actividad como si estuviera haciendo algo, vio a quien me había acompañado y le dijo que fuera a su oficina para bajar una caja. De reojo

observé que el profesor se acercaba, cuando estuvo a mi lado, me dijo:

“Doctor, me acompaña”.

“¿Por qué?”, le pregunté.

“Porque hace un rato yo lo acompañé”.

“Cierto y me dio una lección que el miedo no existe”.

Como el interruptor de la luz está un poco distante y la noche está muy oscura, le acompañé sin hacer ningún comentario.

Tiempo después cuando recordábamos el suceso, nos reíamos.

Otro caso fue el siguiente:

La parte frontal del primer piso del antiguo colegio Belén había sido utilizada como tiendas y oficinas por lo que había puertas que daban a la calle; estas tenían comunicación con el interior. En lo que fue una de esas tiendas amplias estaba ubicado la sala de prácticas de anatomía, que interiormente colindaba con el jardín ya mencionado. Una mañana al llegar a la universidad observé cierto revuelo.

Al acercarme el vigilante nocturno estaba informando al administrador que habían entrado a robar por la puerta de la sala de anatomía, habían forzado la chapa de la puerta a la calle, no se habían llevado nada, pero habían dejado algo.

Algunas tiendas tenían a la entrada doble puerta, la puerta a la calle y otro interior de aproximadamente dos metros y medio de alto dejando espacio en la parte superior. El vigilante había decidido no tocar nada por si había que hacer la denuncia policial, al acercarnos a la sala de anatomía con el administrador y otros curiosos vimos en el piso cerca a la puerta un costal con herramientas para robar había una pata de cabra, desarmadores y otros, que habían dejado los ladrones, dos linternas una de ella aún encendida y huellas de las puntas de zapatos en la puerta similar a como cuando se tiene apuro de trepar.

Para ingresar forzaron la chapa de la puerta de la calle y treparon por sobre la siguiente puerta probablemente para no hacer ruido tratando de forzarla. Después de una rápida inspección se vio que todo estaba igual no se habían llevado nada, se fueron presurosos dejando las herramientas y las linternas. Ante esto se planteó la hipótesis de que los ladrones forzaron la primera puerta; treparon la segunda entrada con cautela para evitar el ruido, allí no había rastros de zapatos; se acomodaron para iniciar la faena; prendieron las linternas; vieron los cadáveres; y huyeron despavoridos.